

caprichada por él. Verdad es que la cabeza se le iba á pájaros, pero no dejaba de poseer muy buenas cualidades cuando se exaltaba.

—Estáis perfectamente en lo cierto—dijo con acento convencido.—Hoy he empaquetado á otras que me hubieran dado una famosa propina si hubiesen podido echar mano al bolsillo... Sólo que, madrecita, estas cosas no pueden arreglarse así como así!

—¡Llebadme! ¡llebadme!—seguida gritando Gervasia, —¡Quiero marchar!...

—¡Demonchel! antes hay que hacer una pequeña operación: ya sabéis, «cuic!»

E hizo un esfuerzo con la garganta como si se tragase la lengua. Después, pareciéndole graciosa la broma, se rió.

Gervasia se había levantado lentamente. ¿Tampoco aquél podía hacer nada por ella? Y entró en su chiribitil, alelada y se arrojó sobre la paja, sintiendo haber comido. ¡Ah! ¡no! ¡la miseria no mata tan pronto!

XIII

Aquella noche Coupeau corrió una juerga. Al día siguiente recibió Gervasia diez francos de su hijo Esteban, que era maquinista de un ferrocarril, el pequeño le mandaba de vez en cuando monedas de cien sueldos, sabiendo el miserable estado de su casa. Gervasia puso un cocido y se lo comió sola, pues el bestia de Coupeau tampoco volvió á la mañana siguiente. El lunes, nadie; el martes, nadie. Así pasó la semana entera. ¡Ah! ¡por vida de! si una señora se lo hubiese robado ¡qué ganga! Empero, precisamente el domingo recibió Gervasia un papel impreso que, al principio, la asustó, porque parecía una citación del comisario de policía. Después tranquilizóse viendo que se le participaba sencillamente que su marrano estaba próximo á reventar en «Sainte Anne». El papel lo decía con más finura; pero lo mismo da. Sí, una señora se lo arrebató, en efecto, y esta señora se llamaba

Sofía-cierro-el-ojo, la última buena amiga de los borrachos.

A fe mía, Gervasia no se molestó. Su hombre conocía bien el camino y sabía volver solo del asilo; tantas veces le habían curado en él, que sin duda volverían á hacerle la mala broma de ponérselo en pie otra vez más. ¿Acaso no acababa de saber aquella misma mañana que durante ocho días habían visto á Coupeau, rechoncho como una pelota, rondando las tabernas de Belleville en compañía de Mes-Bottes? ¡Bravo! ¡Mes-Bottes era quien corría con el gasto y debía haber echado la garra á los ahorros de su mujer, á las economías ganadas en el lindo juego que ya sabéis. ¡Ah! ¡vaya un dinero limpio el que bebían, capaz de acarrear todas las enfermedades malas! ¡Qué dicha si Coupeau hubiese atrapado un cólico pernicioso! Y Gervasia se enfurecía sobre todo, pensando que aquellos dos canallas egoístas ni siquiera habían pensado un momento en buscarla para convidarla á una copa. ¡Háse visto marranada igual! ¡una juerga de ocho días, y ni una galantería á las damas! ¡Quien bebe solo, que reviente solo, y velay!

Sin embargo, el lunes, teniendo preparada para la noche una cena regularcilla, restos de unas judías y un cuartillo de vino, se dijo que un paseo le abriría el apetito. La carta del asilo, encima de la cómoda, la encocoraba. La nieve se había derretido, hacía un tiempo de señorita, nublado y apacible, con su puntilla de frío, que alegraba el ánimo. Partió al medio día, pues la distancia era larga; había que atravesar todo París, y su pata coja la dejaba siempre rezagada. Además, había muchísima gente por las calles; pero, con todo, llegó de las primeras. Cuando su hubo nombrado, le contaron el paso: parece ser que habían pescado en el Puente Nuevo á Coupeau, el cual se había arrojado al agua por encima del pretil, creyendo ver á un hom-

bre barbudo que le cerraba el paso. Valiente salto; ¿verdad? En cuanto á saber cómo y por qué se encontraba Coupeau en el Puente Nuevo, era cosa que ni él mismo podía explicar. Entre tanto, un enfermero guiaba á Gervasia, y al subir por una escalera oyó unos aullidos que la helaron hasta la médula de los huesos.

—¡Ya empieza la música!—dijo el enfermero.

—¿Quién?—preguntó Gervasia.

—¿Quién ha de ser? ¡vuestro marido! Está aullando así desde anteayer. ¡Y baila, y baila! ¡ya veréis! ¡Ah! ¡Dios mío! ¡qué espectáculo!

Gervasia quedó aterrada. La celda estaba colchonada de arriba abajo; en el suelo había dos jergones; uno encima de otro; y en un ángulo estaban extendidos un colchón y un almohadón, sin otros muebles. Allí dentro, Coupeau saltaba y aullaba, semejante á un cancanista de la Courtille, con su blusa hecha jirones y sus miembros agitando el aire sin cesar; pero no un cancanista alegre ¡oh! no; sino un cancanista cuyo «chahut» aterrador hacía erizar los cabellos. Estaba disfrazado de moribundo. ¡Como hay Dios! ¡qué danzarín! Saltaba contra la ventana y se retiraba dando botes hacia atrás, llevando el compás con los brazos y sacudiendo las manos, como si hubiese querido quebrárselas y arrojarlas á la cara de los mirones. En los bailes se ven algunos truhanes que imitan estos movimientos, pero los imitan mal; hay que ver bailar un rigodón á un borracho, si se quiere conocer el «chic» que presenta, cuando se baila de verdad. La canción tiene también su carácter especial, un aullido continuo de carnaval, la boca abierta de par en par, soltando por espacio de horas enteras las mismas notas de trombón enronquecido. Coupeau daba gritos, parecidos á los de un animal á quien han aplastado la pata. Y ¡adelante la orquestal

—¡Señor! ¿pero qué tiene?... ¿pero qué tiene?... repetía Gervasia llena de miedo.

Un practicante, rubio y sonrosado mocetón, con blusa blanca y tranquilamente sentado, tomaba apuntes. El caso aquel era curioso y el practicante no abandonaba al enfermo.

—Permaneced aquí un rato, si queréis—dijo á la planchadora;—pero estaos quieta... Habladle y veréis como no os conoce.

En efecto, Coupeau, al parecer, ni siquiera advirtió la presencia de su mujer. Esta no le había distinguido bien al entrar, por sus dislocados movimientos. Pero cuando le miró á la faz, quedó estupefacta. ¿Era posible que su marido tuviese un rostro como aquel, con sangre en los ojos y los labios llenos de costras? De seguro no le hubiera reconocido. En primer lugar, hacía demasiadas muecas, sin decir por qué, torciendo de repente la boca, frunciendo la nariz y alargando los carrillos; ¡un verdadero hocico de animal! Tenía tan ardiente la piel, que el aire humeaba en torno suyo; y su cutis parecía barnizado, chorreando un sudor pegajoso. En su danza de cancanista frenético, comprendíase perfectamente que sufría grandes dolores en la cabeza y en los miembros.

Gervasia se aproximó al practicante que, con las yemas de los dedos, golpeaba una melodía sobre el respaldo de su silla.

—Decidme, señor, ¿está grave esta vez?

El practicante meneó la cabeza, sin contestar.

—Decidme; ¿parece que habla muy bajo?... ¿Eh? ¿Le oís? ¿qué es lo que dice?

—Habla de las cosas que ve—murmuró el joven.— ¡Callaos; dejadme escuchar.

Coupeau hablaba con voz convulsa. Sin embargo, en sus ojos brillaba como un destello de alegría. Miraba al suelo, á derecha y á izquierda, y daba vuel-

tas, como si se pasease por el bosque de Vincennes, hablando solo.

—¡Ah! ¡qué bonito, qué florido está eso!... ¡Y hay kioscos! ¡una verdadera feria!... ¡qué música tan alegre! ¡qué baltasar!... ¡ahí dentro rompen los cacharros!... ¡muy chic!... ¡toma! ¡ahora se ilumina todo!... ¡globos rojos por el aire! ¡y saltando! ¡y corriendo!... ¡oh! ¡oh!... ¡cuántos farolillos en los árboles!... ¡qué temperatura tan buena!... ¡Por todas partes sale agua; fuentes, cascadas, agua que canta con voz de pajarillo!

Y se enderezaba, como para oír mejor la deliciosa canción del agua y aspiraba fuertemente el aire, creyendo beber la fresca lluvia que brotaba de las fuentes. Empero, poco á poco, su faz tomó una expresión de angustia. Entonces, agachóse y empezó á correr hacia la puerta de la celda, con sordas amenazas.

—¡Todo eso es una añagaza!... ¡ya decía yo!... ¡Silencio, hato de haraganes! Sí; os estáis burlando de mí. Y para ponerme en ridículo, bebéis y rebuznáis ahí dentro, con vuestras arrastradas... ¡Voy á trituraros en vuestro kiosco!... ¡Voto á! ¿queréis dejarme en paz?

Y apretaba los puños. Después exhaló un grito ronco y cayó de bruces al correr. Y tartamudeaba, castañeteándole los dientes de espanto:

—Lo hacéis para que me mate. ¡No! ¡no me arrojaré! ¡Toda esa agua significa que no tengo valor!... ¡No! ¡no me arrojaré!

Las cascadas que, en su mente, huían al aproximarse, adelantábanse cuando retrocedía. Y de repente miró estúpidamente en torno suyo, balbuceando con voz apenas perceptible:

—Esto no es posible; ¡se han conjurado todos contra mí!

—¡Me marchó, señor, buenas tardes!—dijo Gervasia

al practicante.—Eso me trastorna demasiado. Ya volveré.

Estaba blanca; de puro pálida. Coupeau continuaba su solo de cancan, desde la ventana al colchón y desde el colchón á la ventana, sudando, deslomándose y llevando siempre el mismo compás. Entonces Gervasia se largó; pero por más que bajó corriendo las escaleras, no dejó de oír hasta abajo el maldito «chahub» de su hombre. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡qué bien se estaba en la calle! ¡qué bien se respiraba!

Por la noche, toda la casa de la Goutte d'Or hablaba de la extraña enfermedad del tío Coupeau. Los Boche, que ahora se pasaban á Gervasia por debajo de la pata; le ofrecieron; sin embargo, una copa en la portería para saber detalles. En breve llegaron las señoras Lorilleux y Poisson. Y empezaron interminables comentarios. Boche había conocido á un carpintero que un día se desnudó completamente en la calle Saint Martin y murió bailando la polka: era un impertérrito bebedor de absenta. Las señoras se retorcieron de risa; pues el lance, aunque triste, les parecía alegre. Después, al ver que no la comprendían bien, dijo Gervasia á los presentes que se apartasen un poco y le dejasen espacio. Y, en medio de la portería; mientras los demás la miraban; púsose á remedar á Coupeau, aullando, saltando y dislocándose, con abominables muecas. ¡Sí! ¡palabra de honor! ¡exactamente lo mismito! Entonces los presentes, estupefactos, clamaron: ¡imposible! ¡un hombre no podía durar tres horas haciendo aquel ejercicio! ¡Pues bien! ella les juraba y perjuraba, por lo más sagrado, que Coupeau duraba haciéndolo desde la víspera, es decir, desde treinta y seis horas antes. Por lo demás, si no la creían, podían ir á verlo. Pero la señora Lorilleux declaró que: ¡muchas gracias! ¡de allí vengo! y añadió que hasta se opondría á que Lorilleux pusiese allí los pies. En cuanto á Virginia,

cuya tienda iba de mal en peor y que tenía cara de entierro, contentóse con murmurar que la vida no siempre era alegre, ¡ah! ¡no! ¡pardiez! Apuraron las copas y Gervasia dió las buenas noches á la reunión. Cuando dejaba de hablar, tomaba el aspecto de una idiota; con los ojos muy abiertos. Sin duda veía á su hombre danzando. A la mañana siguiente, al levantarse, juró no volver al asilo, ¿para qué? No quería perder la chaveta, á su vez. Sin embargo, á cada diez minutos recaía en sus reflexiones, absorta, distraída, presa de vaga curiosidad de ver si el enfermo seguía con sus extrañas piruetas. Cuando dieron las doce, no pudo resistir más, y ni siquiera advirtió la longitud del camino, ¡de tal modo asediaban su mente el deseo y el temor de lo que iba á presenciar!

¡Oh! no tuvo necesidad de pedir noticias. Desde el pie de la escalera oíase la canción de Coupeau. Precisamente la misma tonadilla y la misma danza. Hubiera podido figurarse que acababa de salir de allí hacia un momento y que volvía á entrar. El enfermero de la víspera, que llevaba unos jarros de tisana por el corredor, le guiñó un ojo al verla, para mostrarse amable.

—¿Con que sigue lo mismo?—dijo ella.

—¡Sí, lo mismo!—contestó él sin detenerse.

Gervasia entró, pero se mantuvo en el ángulo de la puerta, porque había gente con Coupeau. El practicante rubio y sonrosado estaba en pie, pues había cedido su silla á un caballero anciano, condecorado; calvo y con una fisonomía de hocico de garduña. Seguramente era el médico director, porque lanzaba unas ojeadas vivas y penetrantes como barrenas. Todos los tratantes en muertes repentinas tienen esta mirada.

Como Gervasia no había ido allí para ver á tal caballero, se alzaba por detrás de su cráneo, comiéndose con los ojos á Coupeau. Aquel rabioso danzaba y

añalaba, más que la vispera. En tiempos pasados, Gervasia había visto en bailes de pinata á mozos de lavadero sumamente sólidos, entregados á la danza, sin tregua, durante toda una noche; pero jamás de los jamases hubiera soñado que un hombre pudiese divertirse de aquel modo por espacio de tanto tiempo; y decía lo de «divertirse», en sentido figurado, pues mal-dita la diversión que puede uno hallar dando á pesar suyo saltos de carpa, como si tuviese un polvorín en el cuerpo. Coupeau, empapado de sudor, echaba más humo que el día antes, y su boca parecía más grande de tanto gritar. ¡Oh! ¡las embarazadas hacían perfectamente no entrando allí! Coupeau había andado tanto desde el colchón á la ventana, que se veían sus huellas en el suelo y la estera estaba desgastada por sus zapatos.

—¡No, en verdad! ¡aquello nada tenía de agradable! Y Gervasia, temblando, preguntábase por qué había vuelto allí. ¡Pensar que la noche anterior, en el cuarto de los Boche, la acusaban de exagerar el cuadro! ¡ah! ¡ni siquiera los había representado la mitad! Ahora veía mejor el estado de Coupeau y ya no podía olvidar ni un detalle, ni mucho menos aquellos ojazos mirando al vacío. Mientras tanto, cogía al vuelo algunas de las frases cruzadas entre el practicante y el médico. El primero daba detalles sobre la noche anterior, palabras que ella no comprendía y que en el fondo venían á significar que su hombre había estado hablando y haciendo piruetas toda la noche. Después, el caballero calvo, no muy cortés por cierto, advirtió al fin su presencia; y cuando el practicante le hubo dicho que era la mujer del enfermo, empezó á interrogarla con el adusto aspecto de un comisario de policía:

—¿Era dado á la bebida el padre de este hombre?

—Sí, señor, un poquito, como todo el mundo... Se mató cayéndose de un tejado un día que estaba chispo,

—¿Y su madre bebía?

—¡Qué demonche! ¡señor! como todo el mundo; ya sabéis: una copa aquí, otra más allá... ¡Oh! ¡su familia era de mistó!... ¡un hermano suyo murió muy joven, atacado de convulsiones!

—¿Vos, bebéis también?

Gervasia tartamudeó, se defendió, puso su mano sobre el corazón, como dando su palabra de honor.

—¡Bebéis! Andaos con cuidado, ya veis á dónde conduce la bebida... El día menos pensado, moriréis así.

Al oír esto, apoyóse ella en la pared. El médico había vuelto las espaldas, y agachándose sin preocuparse de si recogía polvo de la estera con su levita, estudió largo rato el temblor de Coupeau, esperándole al paso y siguiéndole con la mirada. Aquel día, las piernas saltaban á su vez, el temblor había bajado de las manos á los pies. Parecía un verdadero polichinela, de cuyos hilos tirase una mano oculta, retozones sus miembros y el tronco rígido, como de mádera. La enfermedad progresaba paulatinamente. Hubiérase dicho que debajo de la piel había un reloj de música; cada tres ó cuatro segundos empezaba á sonar, rodando el cilindrito un instante; después se paraba y volvía luego á moverse, exactamente como el ligero escalofrío que ataca á los perros perdidos, cuando se acurrucan, en invierno, en el quicio de una puerta. En el vientre y en los hombros notábase ya un temblorcillo análogo al del agua cuando empieza á hervir. ¡Extraña demolición aquella! ¡morir retorciéndose como una muchacha á quien las cosquillas causan efecto!

Entre tanto, Coupeau quejábanse con voz sorda y sufría, al parecer, mucho más que la vispera. Sus lamentos entrecortados dejaban adivinar todo género de dolores. Parecía que le pinchasen millares de alfileres,

En la superficie de la piel experimentaba una sensación de peso, y además, como si un animal frío y mojado se arrastrase sobre sus muslos y le hundiese las garras en la carne. Después decía que otros animales se pegaban á sus hombros, desgarrándole las espaldas á arañazos.

—¡Tengo sed! ¡oh! ¡tengo sed!—gruñía continuamente.

El practicante tomó un jarro de limonada que estaba sobre una mesa, y se lo alargó. Coupeau agarró el jarro con ambas manos y aspiró glotonamente un trago, derramando la mitad del líquido en sus ropas; pero inmediatamente escupió el sorbo con furioso asco, gritando:

—¡Voto á! ¡es aguardiente!

Entonces el practicante, á una señal del médico, intentó hacerle beber agua, sin soltar la botella. Esta vez el enfermo tragó el sorbo, aullando, como si hubiese tragado fuego:

—¡Es aguardiente! ¡voto á! ¡es aguardiente!

Desde el día anterior todo cuanto bebía le parecía aguardiente. Esto aumentaba su sed y ya no podía beber porque todo le abrasaba. Le habían presentado una sopa, y dijo que querían envenenarle, pues la sopa sabía á vitriolo. El pan lo encontraba agrio y podrido. Todo era veneno en torno suyo. La celda hedía á azufre. Y hasta se quejaba de que había personas que frotaban fósforos debajo de sus narices para apestarle.

El médico acababa de levantarse y escuchaba á Coupeau quien á la sazón veía fantasmas en pleno día. ¡Pues no se le figuraba percibir en pleno día fantasmas en las paredes y telarañas grandes, como velas de barco! ¡Y luego que estas telas se convertían en redes con mallas que se estrechaban y ensanchaban, cual gigantesco juguete! ¡Y por entre las mallas circulaban bolas negras, verdaderas bolas de escamoteador, al

principio gruesas como bolas de billar y después como balas de cañón, inflándose y contrayéndose con el solo objeto de asustarle! De repente se puso á gritar:

—¡Oh! ¡las ratas! ¡ya vuelven las ratas!

Y era que las bolas se convertían en ratas. Aquellos sucios animales aumentaban de tamaño, pasaban á través de la red y saltaban sobre el colchón, donde se desparramaban. También veía un mono que salía de la pared y se volvía á ocultar, aproximándose cada vez más á él, hasta el punto de obligarle á retroceder, temiendo que se le comiese las narices. Bruscamente, la escena cambió. Figurábase, sin duda, que las paredes danzaban, pues repetía, preso de terror y rabia:

—Eso es, ¡ay! ¡sacudidme, no os temo!... ¡ay! ¡el techo! ¡ay!... ¡ya se cayó!... ¡Sí! ¡repicad las campanas, montón de cuervos! ¡tocad el órgano, para que no se me oiga llamar á la guardia!... ¡Y esos miserables han puesto una máquina detrás de la pared!... ¡La oigo girar perfectamente y va á hacer que saltemos!... ¡Dios mío! ¡fuego! ¿No oís que gritan fuego?... ¡ya suben las llamas!... ¡oh!... ¡esto se ilumina!... ¡se ilumina! todo el cielo arde, fuegos rojos, fuegos verdes, fuegos amarillos... ¡Auxilio!... ¡socorro!... ¡¡Fuego!!...

Sus gritos se perdían en un estertor. Ya no mascullaba más que voces sin hilación, con la boca llena de espuma y la barba mojada de saliva. El médico se rascaba las narices con el dedo, hábito que le era peculiar en presencia de casos graves. Y se volvió hacia el practicante, preguntándole á media voz:

—La temperatura, siempre á cuarenta grados, ¿verdad?

—Sí, señor.

Hizo el médico una mueca y permaneció dos minutos más mirando á Coupeau. Después se encogió de hombros, murmurando:

—El mismo tratamiento: caldo, leche, limonada cítrica, extracto blanco de quina en poción... No le abandónéis y hacedme llamar si ocurre novedad.

Y se marchó, siguiéndole Gervasia para preguntarle si no quedaba esperanza; pero andaba tan tieso por el corredor, que no se atrevió á dirigirle la palabra; y se quedó parada un instante, vacilando entre si volvería ó no á ver á su marido. La sesión le había parecido ya endiabladamente ruda. Y como todavía le oyese gritar que la limonada sabía á aguardiente, se marchó ¡ya lo creo! bastándole una sola representación. En las calles, el galopar de los caballos y el ruido de los coches, la hicieron creer que todo el asilo de «Sainte Anne» corría en su persecución. ¡Y aquel médico que la había amenazado! De veras, imaginábase tener ya la enfermedad de su marido.

Naturalmente, en la calle de la Goutte d'Or, los Boche y los demás la estaban esperando. En cuanto apareció en el soportal, la llamaron en la portería. ¿Qué tal? ¿Duraba aún el tío Coupeau? ¡Dios mío! ¡sí! ¡continuaba durando! Boche parecía estupefacto y consternado; había apostado un litro de vino á que el tío Coupeau no llegaría á la tarde. ¡Cómo! ¿aún duraba? Y toda la reunión demostraba su asombro, dándose palmadas en los muslos. ¡Vaya un mozo de resistencia! La señora Lorilleux calculó las horas: treinta y seis y veinticuatro, sesenta. ¡Por vida del! ¡sesenta horas pateando y aullando! Nunca se había visto fenómeno igual. Pero Boche, que sonreía de muy mala gana; á causa de su apuesta, interrogaba á Gervasia con aire de duda, preguntándole si podía asegurar que no había espichado al volver ella las espaldas. ¡Oh! ¡no; eso no! Saltaba con demasiados ánimos, sin demostrar deseos de entregarla. Entonces Boche, insistiendo aún, la suplicó que volviese á imitar un poco sus danzas para que lo viesen. Sí, sí; ¡otro poquito más!

gritaron todos, añadiendo que con ello daría una prueba de amabilidad, pues precisamente había en la reunión dos vecinas que el día anterior no estaban presentes y habían bajado exprofeso para asistir á la escena. El portero gritaba á la gente que hiciese lugar; y los concurrentes dejaron libre el centro de la portería, dándose con el codo, estremecidos por la curiosidad. Entre tanto, Gervasia estaba con la cabeza baja; temiendo de veras ponerse mala; sin embargo, deseando demostrar que no era de las que se hacen rogar, empezó por dos ó tres saltitos; pero en seguida se encogió y se echó atrás; ¡no podía! ¡palabra de honor! Corrió un murmullo de contrariedad; ¡era lástima, pues lo imitaba con toda perfección! Pero ¡qué remedio; si no podía! Y como Virginia saliese en aquel momento en dirección á su tienda, olvidaron al tío Coupeau para ocuparse en murmurar de la familia Poisson; ¡una verdadera casa de trampa! El día anterior habían estado los alguaciles: el municipal iba á perder su destino, y Lantier andaba rondando á la hija del dueño del restaurant de al lado, soberbia moza que hablaba de poner un comercio de callos. ¡Qué diantre! el asunto no dejaba de dar tela á la chismografía; ya veían establecida una tripicallera en la tienda; después de las golosinas, las cosas sólidas. Ese cornudo de Poisson daba pruebas de lo poco que vale tener gran cabeza; ¿cómo diablos, siendo su destino empleo de hombres listos, se mostraba tan necio en su casa? De repente se callaron al ver que Gervasia, de quien ya nadie se ocupa, se ensayaba sola, en el fondo de la portería, temblando de pies y manos á imitación de Coupeau. ¡Bravo! ¡así, así! ¡No pedían más! Ella se quedó alelada, un momento, como si despertase de un feo sueño. Y se marchó rápidamente. ¡Buenas noches, señores! ¡á ver si podré dormir!

Al día siguiente, á las doce, viéronla los Boche par-

tir, como los dos anteriores. ¡Que se divirtiese allí mucho! Aquel día, en «Sainte Anne», retemblaban los pasillos con aullidos y talonazos de Coupeau. Y sin acabar de subir la escalera, oyóle vociferar:

—¡Cuántas putas, cuántas!... ¡Arrimaos aquí, para que os aplaste!... ¡ah! ¡quieren matarme!... ¡ah! ¡cuántas, cuántas! ¡soy más elegante que vosotras! Largaos, ¡voto á!... ¡Largaos!

Gervasia se detuvo un momento á la puerta para respirar. ¿Se estaba batiendo Coupeau con todo un ejército? ¡Cuando entró, el arrebato crecía, crecía! ¡el plomero estaba loco, furioso, como un escapado de Charentón! Agitábase en medio de la celda, dando manotazos á todas partes, á su propio cuerpo, á las paredes, al suelo, cayéndose y golpeando en el vacío; y quería abrir la ventana, y se ocultaba, se defendía, llamaba, respondía, moviendo él solo tamaño aquelarre, con el aspecto exasperado de un hombre asediado por una oleada de gente. Después, comprendiendo Gervasia que el enfermo se figuraba encontrarse sobre un tejado colocando planchas de zinc. Imitaba al fuelle con su boca, removía los hierros en el hornillo, poníase de rodillas, pasando los dedos por el borde de la estera, creyendo que lo soldaba. Sí, acordábase de su oficio, en el momento de espichar; y si aullaba tan fuerte, si se batía sobre su tejado, era porque los barbudos le impedían ejecutar su trabajo como es de ley. En todos los tejados vecinos veía canallas que se mofaban de él. Y como si esto no bastase, le echaban bandadas de ratas en las piernas. ¡Ah! ¡qué asquerosos animales! ¡siempre estaba viéndolos! En vano los chafaba, frotando su pie contra el suelo con toda su fuerza; al momento surgían nuevas legiones, hasta cubrir todo el tejado! Pues ¿no veía también arañas? A cada momento apretaba rudamente sus pantalones contra los muslos, para aplastar arañas gigantes que

se le habían introducido allí. ¡Voto á! ¿que no le dejarían acabar su tarea? ¡no! ¡estaban decididos á perderle! ¡su patrón le mandaría á la cárcel! Entonces, dándose prisa para concluir el trabajo, creyó que tenía en el vientre una máquina de vapor: abriendo completamente la boca, exhalaba humo, un humo espeso, que llenaba la celda y salía por la ventana. Él inclinado, soplando siempre, contemplaba cómo se extendía á fuera la cinta de humo, y subía hasta el cielo, obscureciendo el sol.

—¡Toma!—gritó,—¡son los de la banda de la calzada de Gignancourt, disfrazados de osos, con tambores!...

Y permanecía acurrucado delante de la ventana como si siguiese con la vista, desde lo alto de un tejado, á un cortejo que pasara por la calle!

—Ahí va la cabalgata, leones y panteras haciendo muñecas... Y siguen chiquillos disfrazados de perros y gatos... Y luego la buena moza Clemencia, con su moño lleno de plumas... ¡Ah! ¡pardiez! Ahora se cae y enseña cuanto tiene... ¡Oye, pichona! ¡será menester que nos!... ¡Eh; malditos rocines!... ¿queréis dejarla?... No tiréis ¡voto á!... ¡no tiréis!

Su voz se elevaba, ronca, espantada y él se agachaba rápidamente, repitiendo que la policía y los pantalones rojos estaban abajo y que había hombres que le apuntaban los fusiles. En la pared veía el cañón de una pistola asestando contra su pecho. Venían á arrebatárle á su hija.

—No tiréis ¡voto á! no tiréis...

Después, las casas se desplomaban y él imitaba el estrépito de todo un barrio al hundirse; ¡y todo desaparecía, todo se evaporaba! Pero apenas tenía tiempo de resollar, cuando pasaban ante su vista nuevos cuadros, con una rapidez extraordinaria. Una necesi-

dad furiosa de hablar le llenaba la boca de palabras, que emitía de un modo incoherente, con un gorgoteo de la garganta y alzando más la voz á cada instante.

—¡Hola! ¿eres tú? ¡buenos días!... ¡nada de bromitas! ¡no me hagas comer tus cabellos!

Y pasaba la mano por delante de su rostro y so-
plaba como para separar los pelos. El practicante le
interrogó:

—¿Qué veís?

—A mi mujer, ¡pardiéz!

Y al decir esto, miraba la pared, vuelto de espaldas
á Gervasia. Esta tuvo miedo y miró también á la pa-
red, por si veía allí su imagen. El continuaba char-
lando:

—Mira, no me encócores... No quiero que me áten...
¡Demonche! ¡estás guapa! ¡llevas una «toilette chic»
¿Dónde has ganado eso, gran vaca? ¡Tú vienes de la
carrera, camello! ¡Espera un poco que te arregle las
cuentas! ¿Eh? ¿ocultas á tu caballero detrás de las
faldas? ¿Quién es ese? ¡Salúdame, para que le vea!...
¡Voto á!... ¡todavía él!

De un salto terrible fué á dar de cabezā contra la
pared; pero la cubierta acolchada amortiguó el golpe;
oyéndose solamente el rebote de su cuerpo sobre la
estera, donde la sacudida le echara.

—¿Qué estáis viendo ahora?—repitió el practicante.

—¡El sombrerero! ¡el sombrerero!—aullaba Coupeau.

Y habiendo interrogado el practicante á Gervasia,
ésta tartamudeó, sin poder contestar, ¡de tal modo re-
movía en aquella escena todos los embrutecimientos de
su vida! El plomero alargaba los puños, exclamando:

—¡Aquí me tienes, queridito! ¡Será preciso que al
fin te limpie el mondongo! ¡ahl! ¡con que vienes de
levita, con esa puta del brazo, para burlarte de mí en
público! ¡Pues bien! ¡voy á estrangularte, sí, sí, yo!
¡y sin necesidad de ponerme guantes! ¡No te hagas

el guapo!... ¡Guárdate esa!... ¡Toma! ¡toma!! ¡toma!!

Y lanzaba puñetazos en el vacío. Entonces su furor
adquirió proporciones colosales. Habiendo encontrado
la pared al retroceder, creyó que le atacaban por la
espalda. Y se volvió, encarnizándose contra el acol-
chado. Daba botes, saltaba de un rincón á otro, gol-
peaba con el vientre, con las nalgas, con un hombro,
por el suelo y se volvía á levantar. Sus huesos chas-
queaban y sonaban sus carnes, con un ruido de esto-
pas mojadas. Y él acompañaba este lindo ejercicio con
amenazas atroces y gritos guturales y salvajes. Sin
embargo, la batalla debía tener mal resultado para él,
pues su respiración se iba haciendo más corta y los
ojos se le salían de las órbitas, viéndose paulatinamen-
te poseído de una cobardía pueril:

—¡Al asesino! ¡al asesino!... ¡Largaos los dos al
momento! ¡oh! ¡cómo se rien los marranos! ¡Ahí la
tenéis, á esa puta, con los cuatro remos al aire!... ¡ha
de pasar por baquetas, no hay remedio!... ¡ahl! ¡el
bandido! ¡la asesina! ¡le corta una pierna con su cū-
chillo! ¡La otra pierna está en el suelo; y el vientre
partido en dos y lleno de sangre... ¡oh! ¡Dios mío!
¡oh! ¡Dios mío! ¡oh! ¡Dios mío!...

Y bañado en sudor, con los cabellos erizados sobre
la frente, horrible, echó á andar hacia atrás, agitandó
los brazos, como para rechazar tan abominable escena.
Exhaló dos lamentos desgarradores y cayó de espal-
das sobre el colchón, donde se le habían enredado los
talones.

—¡Señor, señor, ha muerto!—dijo Gervasia cruzando
las manos.

El practicante se adelantó y puso á Coupeau en
medio del colchón. ¡No, no está muerto! Le habían
descalzado ¡sus pies desnudos salían fuera del col-
chón y bailaban solos uno al lado del otro, á compás

una dancita precipitada y regular! Precisamente entró á la sazón el médico. Venía con otros dos colegas, flaco el uno y gordo el otro, condecorados como él. Los tres inclináronse, sin decir una palabra, examinando al enfermo por todas partes; después, rápidamente, pusiéronse á hablar en voz baja. Habían descubierto al enfermo desde los muslos hasta los hombros, y Gervasia, alzándose de puntillas, pudo ver el desnudo tronco extendido. ¡Vaya! la cosa era completa; el temblor había bajado desde los brazos y subido desde las piernas, ¡y el tronco mismo participaba ahora del vaivén! Positivamente, el polichinela reía también con el vientre. Eran risitas á lo largo de las costillas, una sofocación de la barriga, que parecía reventar de risa. Y todo se movía ¡que no había más que ver! los miembros se hacían el vis-á-vis, la piel vibraba como parche de tambor y los pelos valsaban saludándose. En una palabra, aquello era el gran zafarrancho, como si dijéramos el galop final cuando amanece y todos los danzantes se agarran por la pata, golpeando el suelo con el talón.

—Duerme—murmuró el médico director.

Y llamó la atención de sus colegas, sobre el rostro del enfermo. Coupeau, con los párpados cerrados, sufría pequeñas sacudidas nerviosas que le agitaban toda la faz. Estaba todavía más espantoso, aplomado de aquel modo, con la mandíbula saliente y con la mascarilla deformada de un muerto que hubiese padecido pesadillas. Pero los médicos, percibiendo los pies, pusiéronse á observarlos muy de cerca, con aire de profundo interés. Los pies seguían danzando siempre. Ya podía Coupeau dormir ¡sus pies danzaban! ¡oh! ¡ya podía roncar, pues á ellos les tenía sin cuidado! y continuaba su bailecito, sin apresurarse ni retardarse. Eran unos verdaderos pies mecánicos, pies que se divertían donde hallaban ocasión. Entre tanto, Gervasia, viendo

que los médicos habían puesto sus manos sobre el tronco de su marido, quiso tocarle también. Aproximóse lentamente y le aplicó una mano sobre uno de los hombros. Y la dejó allí un minuto. ¡Dios mío! ¿qué era lo que ocurría allí dentro? Danzaba todo, hasta en el fondo de la carne, y sin duda bailaban también los huesos mismos. Llegaban de muy lejos estremecimientos y ondulaciones, corriendo á manera de río por debajo de la piel. Cuando apretaba un poco con la mano, sentía los gritos de sufrimiento de la médula. A simple vista, percibíanse únicamente las olitas que formaban hoyos como en la superficie de un remolino; pero en el fondo el desorden debía ser horrible. ¡Tarea espeluznante! ¡tarea de topo! ¡Era el vitriolo de la taberna, dando golpes de azadón en aquellas profundidades! Todo el cuerpo se hallaba impregnado del endiablado líquido, y ¡vaya! es preciso que éste llevase á cabo su tarea, desmenuzando, llevándose á Coupeau, en el temblor general y continuo de todo su esqueleto. Los médicos se habían marchado. Al cabo de una hora, Gervasia, que se había quedado con el practicante, repitió en voz baja:

—Señor, señor, está muerto...

Pero el practicante, que observaba los pies, dijo que no con la cabeza. Los pies desnudos, fuera del colchón, seguían danzando. No estaban muy limpios, que digamos, y tenían largas las uñas. Pasaron algunas horas. De repente, quedaron rígidos é inmóviles. Entonces el practicante se volvió hacia Gervasia, diciendo:

—Ya está.

Sólo la muerte había sido capaz de detener el bailecito de los pies. Cuando Gervasia regresó á la calle de la Goutte d'Or, encontró en el cuarto de los Boche á una porción de comadres que charlaban allí con la

mayor animación. Creyó que la esperaban para saber noticias, como los días anteriores.

—Ya espichó— dijo empujando tranquilamente la puerta, con aire de cansancio y embrutecimiento.

Mas no la escuchaban. Toda la casa andaba trastornada. ¡Oh! ¡la cosa no era para menos! Poisson había atrapado á su mujer con Lantier en cierto lance. No se sabían precisamente los detalles, porque cada cual refería las cosas á su modo. Pero, en resumidas cuentas, era lo cierto que el municipal había caído sobre ellos en un momento en que menos lo esperaban. Hasta añadíanse particularidades que las mujeres se repetían al oído, mordiéndose los labios. Naturalmente, un espectáculo semejante había sacado de sus casillas á Poisson. ¡Un verdadero tigre! Aquel hombre, poco hablador, que al andar parecía como si llevase un palo en el culo, se puso á dar botes y rugidos. Después no se oyó nada más. Lantier debía haber explicado la cosa al marido. ¡Mas no importa! ¡el escándalo aquel no podía seguir adelante! Y Boche anunciaba que la hija del dueño del restaurant de al lado tomaba decididamente la tienda para establecerse de tripicallera. ¡Y ese diablo de sombrerero se moría por los callos! Entre tanto, Gervasia, viendo llegar á la señora Lorilleux en compañía de la señora Lerat, repitió con flojedad:

—¡Ya espichó!... ¡Dios mío!... ¡Cuatro días saltando y aullando!

Entonces las dos hermanas no pudieron menos que sacar sus pañuelos, pues si bien su hermano había sido muy culpable, al fin y al cabo era su hermano. Boche se encogió de hombros y dijo en alta voz, para que le oyese todo el mundo:

—¡Bah! ¡un borracho menos!

Desde aquel día, como quiera que á Gervasia se le iba trastornando la cholla cada vez más, una de las

cüriosidades de los vecinos era ver cómo imitaba á Coupeau. Ya no era necesario rogarla, pues daba el espectáculo gratis, temblor de pies y de manos, soltando grititos involuntarios. Sin duda había contraído aquel tic en «Sainte Anne», contemplando demasiado tiempo á su marido. Pero no era tan afortunada, pues no reventaba como él. Limitábase su enfermedad á hacer muecas como mico escapado, lo cual le valía que los pilluelos le tirasen tronchos de coles por las calles. Gervasia duró, de este modo, por espacio de algunos meses. Hundíase todavía más, aceptando los últimos ultrajes y muriendo un poco de hambre, todos los días. Tan luego como reunía cuatro sueldos, corría á la taberna á tomar una chispita. Encargábanle los recados más sucios del barrio. Una noche, apostaron á que no comería una cosa muy asquerosa, y ella la comió; para ganarse diez sueldos. El señor Marescot se había decidido á expulsarla del cuarto del sexto piso. Pero como quiera que acabasen de encontrar muerto al tío Brú en su agujero de debajo de la escalera, consintió el propietario en dejarle aquel nicho. Actualmente, habitaba el nicho del tío Brú. Y allí dentro, sobre la podrida paja, crujíanle los dientes, vació el vientre y helados los huesos. Por lo visto, la tierra la rechazaba. Volvíase idiota, y ni aún se le ocurría tirarse al patio desde el sexto piso, para concluir. La muerte debía llevársela poco á poco, pedazo tras pedazo, arrastrándola así hasta el extremo de la condenada existencia que se había creado. Hasta ni siquiera se supo jamás, precisamente, de qué había muerto. Se habló de un escalofrío. Pero lo cierto es que murió de miseria, de suciedad y de las fatigas de su podrida existencia. Reventó de embrutecimiento, según frase de Lorilleux. Una mañana, sintiéndose un olor pestilente en el corredor, recordaron los vecinos que no la habían visto en dos días; y la encontraron ya verde en su nicho.

Precisamente, fué el tío Bazouge quien acudió, con la caja de los pobres al hombro, para empaquetarla. Aquel día estaba hecho una cuba, pero tan bonachón como siempre y alegre como un pinzón. Cuando hubo reconocido á la parroquiana de que se trataba, soltó unas cuantas reflexiones filosóficas, mientras aprestaba su equipajecito:

—Todo el mundo pasa por ahí... No hay necesidad de empujarse, pues hay sitio para todos... Y es una necesidad darse prisa, porque así llega uno más tarde... Yo no deseo más que complacer á las gentes. Unos quieren, otros no quieren... ¡compóngalo quien pueda!... Aquí hay una que al principio no quería, y después guiso... ¿Sí? pues hubo de esperar... ¡Por fin, ya lo consiguió! ¡y á fe que lo tenía bien ganado! ¡vaya! ¡adelante con la carga!

Y cuando cogió á Gervasia con sus negras manazas, enternecióse algo, y levantó con suavidad á aquella mujer que había estado tan encaprichada por él. Y después, depositándola en el fondo del ataúd, con un cuidado paternal, tartamudeó, entre dos hipos:

—Oye... escucha... soy yo, el Amiguito-Alegría, apodado el consuelo de las damas... ¡Ea! ¡ya eres dichosa!... ¡Duerme, duerme, ¡hermosa mía! (1)

(1) La historia de la hija de Gervasia y Coueau que comienza en esta novela, termina en la que lleva por título *Naná*, nombre de la protagonista. *Naná* ha sido el mayor éxito de Emilio Zola, y de todos sus libros el de que mayor número de ediciones se ha hecho. Véase en él la continuación de la presente novela.

FIN

EXTRACTO DEL CATÁLOGO
DE LA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Mallorca, 166, Barcelona

	Pesetas.
Abruzos, (Duque de los)—La Estrella Polar en el mar Artico. Lujosa obra de 725 páginas en dos tomos, con 250 ilustraciones, 2 panoramas y 3 mapas en colores de las regiones exploradas. En 18 cuadernos.	18
En rústica en dos tomos.	20
Lujosamente encuadernada en dos tomos.	25
Encuadernada en un tomo.	28 50
Juegos de tapas para un tomo.	2 75
Para encuadernar en dos.	3 75
Alarcón y Puyol.—Los Bandidos del amor ó El barranco de los cuervos. Dos tomos de cerca de 1000 páginas con láminas en color.	10
Alas, Leopoldo (<i>Clarín</i>).—El gallo de Sócrates.	1
— Nueva campaña.	2
— Ensayos y revistas.	2
— El siglo pasado.	2
— El Señor, y lo demás son cuentos.	2
Alexis, (Paul)—El fin de Lucía Pelegrin.	0 50
Alfaro, (Ibo)—Malditas sean las mujeres.	1
— Malditos sean los hombres.	1
— Malditas sean las suegras.	1
— Marina ó la hija de las olas.	1
— El hada de los mares.	1
— El Paraíso de las mujeres.	1
— El infierno de los hombres.	1
— El purgatorio de las solteras.	1
— Su majestad el amor.	1
— La hija de las flores.	1
Alleg, (Juan)—Amor estéril.	1